

ROMANCE CRUDO Y AMARGO
DE PIELAGO Y DE MONAYO.

I.

Aquellos dos bandoleros,
Secuaces de Casanova,
Verdugos de Herrera y Cairo
Y de Jalisco deshonra;
Aquel par de tigres fieros
Terror de pueblos y chozas
Que al robo y á la matanza
Les dieron vuelo y congojas,
Vertiendo á torrentes sangre
En odio de la Reforma,
El sitio escandalizaban
Con sus acciones diabólicas,
Recrudesciendo los odios
Con crueldades desastrosas;
Y en el día en que las furias
De la plebe vengadoras
Celebró de la chinaca
La ensangrentada victoria,
De Piélagos y de Monayo
Se buscaban las personas,
Sedientos del escarmiento
Que pide la chusma loca.

II.

EL ENCUENTRO.

La estudiantina arrojada
Que en doloroso delirio
De Herrera y Cairo jurara

Vengar afrenta y suplicio,
Buscó con rabia implacable
A los viles asesinos,
E impulsados por su enojo
Y de la plebe seguidos
Entre feroces tumultos,
Lanzando espantosos gritos
Con sus miradas de infierno,
De prófugos de patíbulo,
Rondan, husmean, escarban
Asoladores, malditos,
Dónde están de Herrera y Cairo
Los inicuos asesinos.
De pronto de brutal gozo
Se oyen horrendos rugidos:
Piélagos se encuentra entero,
Monayo se encuentra herido.
Ambos se hallaban ocultos,
Desgarrados los vestidos,
Las miradas de pantera,
Broncos, groseros, indignos,
Y como acrece la llama
Petróleo en ella vertido
Así el tumulto acrecienta
Viendo á los dos foragidos.
Quiere lanzarse iracundo
Sobre de ellos el gentío.....
Mas hay quien sus cuerpos guarde
Para patente castigo.
Y así como que flotaban
En el torrente bravío,
Cual despojos de una nave
En mar hirviente esparcidos,
Así entre injurias atroces
Y maldiciones y gritos,
Llegaron hasta la plaza
Plebeyos y foragidos.
Entre aullidos de venganza
Y arranques de ira inauditos
¡Que los cuelguen! dijo el pueblo,
Bajo el balcón del Obispo.
Y al pronto se ve á Monayo
De aquel balcón suspendido
Entre palmadas de gozo
Y entre salvajes silbidos.

Sus heridas vierten sangre
 Y agoniza convulsivo;
 Y la plebe bate palmas
 Con infernal regocijo.
 De Piélagos, en los balcones
 De Palacio es el martirio;
 Y al apretarle la soga
 Y entregar su cuerpo lívido
 A los vaivenes del lazo
 A su tosco cuello asido,
 ¡Herrera y Cairo! gritaban
 Los acentos vengativos.
 La noche ahuyenta la plebe,
 Quedan desiertos los sitios
 Y los cadáveres quedan
 En el aire suspendidos,
 Los cabellos á la frente,
 Casi desnudos y rígidos,
 Horror de los vencedores,
 Espanto de los vencidos.

ROMANCE EN QUE DUELE EL ALMA

PORQUE SE TRATA DE UN

“CHINACO PIOR QUE EL MESMO DEMONIO.”

I

ENTRADA Á LA PERO GRULLO.

Guerra es barbarie, matanza,
 Es ceguedad, es desastre,
 Y no hay que pedir al cuervo
 Del chupamirto el plumaje,
 Ni que entre gritos de muerte
 No se pierdan los compases.
 Muchos héroes de la historia,
 Muchos bravos capitanes
 No pasan, hablando en plata,
 De aborrecibles salvajes.
 Y no importa que la guerra
 Tenga puros manantiales,
 Porque atraviesan el fango,
 Se hieren entre zarzales;
 Y después de la batalla
 Queda pestilente el aire,
 Lleno el campo de despojos
 Y de insepultos cadáveres.
 Robo, asesinato, incendio,
 Son de la guerra auxiliares,
 Mientras ella grita erguida
 Vale más el que más mate.
 Así cobró su importancia
 El hombre que va á ocuparme,
 El terrible Antonio Rojas
 Que es alma de mi romance.

II

ROJAS PELEANDO Y EN CALMA.

Como entre bosques de pelos
 En frente, boca y carrillos
 Que á trecho á trecho dejaban
 Manchones de color lívido,
 Asomaban las narices
 Como de una águila el pico,
 Y bajo cerdosas cejas
 Dos ojuelos escondidos
 Como troneras exiguas
 De calabozo sombrío,
 Y entre el bigote asomaban
 Dos puntiagudos colmillos,
 Como huérfanos pilares
 De monumento destruído;
 Negro vello salpicaba
 Su piel tras de sus vestidos,
 Como disfraces de un oso
 Al asalto apercebido;
 Sesgo, torvo, desconfiado,
 Suspica, astuto, arisco;
 Chaquetón de negro paño,
 Sin dar de soldado indicios,
 La calzonera ajustada,
 El ceñidor mal ceñido,
 En el andar perniabierto,
 El conjunto repulsivo.
 Y este monstruo de fiereza,
 Este fatal basilisco
 Cuando horrendos imperaban
 El fuego y el exterminio,
 Era el soldado valiente,
 Era guerreador invicto;
 Ejemplo de ardiente arrojo,
 Terror de sus enemigos.
 Pero al contemplarle airado
 Con sus horribles instintos
 Como escorpión venenoso,
 Voluble como el capricho,
 Como tigre carnicero
 Con las mujeres y niños;
 O á veces inconsecuente

En el furor de sus ímpetus,
 Protegiendo y perdonando
 Y al débil prestando auxilios
 Al ordenar el incendio
 De los pueblos más pacíficos . . .
 ¿Y por qué le soportaban
 Los liberales más dignos? . . .
 —Porque la guerra es barbarie,
 Porque es la fuerza delirio,
 Porque el desorden domina
 En donde sucumbe el juicio;
 Y porque amando á su patria
 Con ardiente fanatismo,
 Infatigable, abnegado,
 Le prestaba sus servicios
 Despreciando conveniencias
 Y olvidado de sí mismo.

III

Blancarte, el bravo artesano
 De los serviles el jefe
 Que al desastre de Cuevitas
 Supo esforzado oponerse,
 Haciendo á Guadalajara
 Dique del bravo torrente
 Que formaba Degollado
 Con sus soldados valientes,
 Estaba preso en su estancia,
 Tranquilo por atenerse
 A los convenios firmados
 Por personas competentes.
 Repentino una mañana
 Entró do Blancarte duerme,
 Rojas rebosando en ira
 Como azotada serpiente.
 Se azoran, corren, le gritan
 A Blancarte sus sirvientes;
 Este despierta buscando
 Una arma que á mano tiene;
 Pero de Rojas la espada
 Herido su pecho siente;
 Se le injuria, se le arrastra
 Medio desnudo é inerme,
 Sangrando y descoyuntado;

Luego le pone al frente
De siniestros foragidos,
Que con mofa le dan muerte
Y se van como si fueran
Coronados de laureles.

IV

Cuando Degollado supo
El cobarde asesinato
De Rojas, en ira ardiendo
Manda aprehender al malvado,
Le busquen y le persigan
Y le maten en el acto.
Pero Rojas con los suyos
Se escapa ligero y cauto,
No dejando ni señales
Ni resquicio de su paso . . .
Entonces lanza un decreto,
Lleno de furor, Don Santos,
Y de la ley pone fuera
Al de los monstruos espanto,
Baldón del infierno mismo,
Deshonra de nuestro bando.

Rojas supo, indiferente,
El furibundo decreto,
Y dijo torciendo el labio
Con infinito desprecio:
"Fuera de la ley me ponen,
"Yo jamás estuve dentro."

Marzo 10 de 1895.

VIENTO DE REFORMA.

ROMANÇO DE PENA DE LA VIDA.

PARA LOS QUE LA PÍCAN DE HOMBRES.

(De la colección dedicada
á mi hermano José María Vigil)

I

PARA HACER BOCA.

El progreso iluminaba
Nuestro espacioso horizonte,
Como se ve al Sol naciente
En las crestas de los montes,
Mientras envuelven las sombras
Las llanuras y los bosques.
La Refórma atravesaba
Entre glorias y entre horrores,
Linda, suelto su cabello,
Sus ojos como dos soles,
Herida pero orgullosa,
Y entre hermosos resplandores
Que le formaban los rayos
De los derechos del hombre.
En una mano una antorcha
Lleva, que ahuyenta la noche,
Y en la diestra una barreta
Con que valerosa rompe
Las guaridas misteriosas
De venerados ladrones,
De encumbrados mandarines,
De falsificados nobles,
Y en el cuartel y el palacio
Los verdugos de los pobres.

La arca de cincuenta y siete
Los sicarios desconocen,
Y al Sol de Ayutla encapotan
Los sangrientos nubarrones.

Sopla el huracán del odio,
De nuevo las iras surgen,
Y los valientes *chinacos*
Ya triunfan ó ya sucumben;
Mas cada vez más ardientes
Cuando renuevan su empuje.
En Veracruz el gran Juárez
Como estrella fija luce,
Dándole rumbo á los "libres"
Y modelos de virtudes,
Promesa de la victoria
A los que incesantes luchan;
Pero entre todos los pueblos
Que á la lid bravos acuden,
De Morelia y de Jalisco
Los estandartes relucen,
"¡Que Jalisco nunca pierde
Por más que lo *reborujen!*"

II

RETRATO.

Entre los gallos más giros
Del *chinastle* de Jalisco,
Hay uno que está presente
Y que al natural lo pinto:
Es cerbatana, es cañuto
A la *redepente* visto;
Como cabeza de gente,
Coronando tubo exiguo,
Cual en tabla recortado
Era aquel cuerpo de tísico;
Era la tez de su rostro
De estirado pergamino,
Encallejonado, seco,
Y de remate lampiño;
Cabello cual de azabache,
Los ojos negros y lindos,

Enamorando, amorosos,
Terribles, cuando agresivos;
Su existir no tiene medio:
Ya es tremendo remolino,
Ya tienen que despertarlo
Porque quieto está dormido...
¿Quién es ese Don Fantasma?
¿Quien es ese aparecido
Que recuerda al otro mundo
En la tierra advenedizo?
Ese es Miguel Cruz Ahedo.
¿No recordais aquel chico
Que en la reunión "Esperanza"
Presentaba sus escritos
De colegial estudioso,
El año cuarenta y cinco,
Con Robles Gil elocuente,
Con Vallarta el erudito,
Con Lancaster estudiante
De los caballeros tipo,
Con Vigil sabio entre sabios
Y los Camarenas finos?
Es aquel que en "*La Falange*"
Leyó con modesto estilo
Sus versos á la Reforma,
Llenos de entusiasmo y brío,
Y sus novelas sentidas
Y de un tono tan sencillo
Que parece que encerraban
Secretos de dolor íntimo.
Villaseñor le alentaba
Con elogios merecidos;
Pérez Verdía, oficioso,
Le estimuló con ahinco;
Y él, soñoliento, indolente,
Permanecía retraído;
Mas al lanzar la Reforma
Sus penetrantes vagidos,
Conspiró, corrió á los campos,
Congregó aliados y amigos,
Y á la milicia pidiendo
Los marciales atavíos,
Apareció cuando Juárez
Tuvo la vida en peligro.
Audaz, temerario, ardiente,

Lleno de justo prestigio,
 Luchó por la santa causa
 Defendiendo á su caudillo.
 Junto á él, Molina, galano,
 El sublime, el atrevido,
 Que hecha una pierna pedazos
 Y de una cureña asido,
 Alentaba á sus soldados
 Haciendo mortales tiros.
 Cruz Ahedo aparecía
 En el sangriento conflicto,
 Como huracán, como llama,
 Como arcángel de exterminio,
 Y cuando tras la campaña
 Iban en su pos solícitos,
 Lo hallaban sobre una manta
 En el sueño sumergido.
 Degollado le miraba
 Como á un hermano ó á un hijo,
 Y en las peripecias varias
 Que ocurrieron en Jalisco,
 Le dió asiento, justiciero,
 Entre los jefes más dignos.
 Era su labio elocuente,
 Intolerante, incisivo,
 Con recuerdo de los griegos,
 Con rasgos de los latinos,
 Y con el ímpetu ardiente
 De exaltado jacobino;
 Pero al encerrarse á veces
 De sus afectos en lo íntimo,
 Era franco y generoso
 Con sus propios enemigos;
 Fomentaba los contentos,
 Amaba sus regocijos,
 Aunque sin tomar, severo,
 En los juegos participio;
 Y anómalo su carácter,
 Tras el vuelo enfurecido
 De tempestuosas pasiones
 Y de febriles delirios,
 Hallaban en él los suyos,
 En sus cambios sorprendidos,
 La ternura de la virgen
 Y los candores del niño.

III

"SANFRUNCIA." (*)

El suelo de nuestra Patria
 En sangre y muertes hervía,
 En la sierra, en la llanura,
 En los mares y su orilla,
 Y en las cuevas y barrancos
 Se espiaban, se acometían,
 Y vergüenza de las fieras
 Y de las furias malditas,
 El rencor se disparaba
 Del seno de las familias,
 Y los vínculos más santos
 Se laxaban ó rompían.
 El Norte, el Sur, el Oriente
 Y sus feraces campiñas,
 El Occidente opulento,
 Los sembrados y las minas,
 Todo respiraba sangre,
 Todo, todo estremecían
 Las violentas convulsiones
 De la herida tiranía.
 Se hizo á Dios grito de guerra
 De la religión divina,
 Puñal, afrenta, veneno,
 E instrumento de las iras,
 De la libertad licencia;
 Y su pureza divina
 Se manchó con fango impuro
 De robos y de sevicia.
 Era terror, era espanto
 La prolongada porfía,
 Y era causa sacrosanta
 La que el pueblo defendía,
 Porque estaba trunca la obra
 Del gran Hidalgo y Costilla.

IV

UN POLIZONTE.

Era la voz de los odios

(*) Escándalos, batallas.

De la facción de sotana,
 Frente á Parrodi y las fuerzas
 Que en el Interior mandaba,
 Un bruto con forma de hombre,
 Un mal aborto de España,
 Uno de esos *non* descritos
 Que *pelones* y sin blanca
 Ruedán entre el abarrote
 E ignorados á la playa.
 Este aborto de los frailes,
 Grosero y de mala estampa,
 Publicaba atroz libelo,
 Titulado "*La Tarántula*,"
 Venenoso cual su nombre
 Y rebosando en infamias.
 La mentira, la calumnia,
 Honor y vida privada,
 Escupía de los "libres"
 Contra personas y causa.
 Ese, como grazna el cuervo
 Al olor de la matanza,
 Sonaba su pandereta
 De do la sangre goteaba;
 Y azotó el rostro á los nuestros
 Con sus calientes entrañas.
 Por fin, viendo á los serviles
 Tratarlo con repugnancia,
 Emprendió el odiado, vuelo,
 Veloz á Guadalajara,
 Donde Piélagos y Monayo
 El suelo en sangre empapaban,
 Y donde en porfiada lucha
 Ya se pierden, ya se ganan
 De Degollado combates
 Llenos de heroicas hazañas.
 Y Ruiseco, que el *gachuzo*
 Periodista se llamaba,
 "SOLDADO DE DIOS" le puso
 Al órgano de su rabia,
 Y no fueron ya sus tiros
 Contra la Reforma magna,
 Fueron contra los caudillos
 Que en Jalisco dominaban,
 Contra Degollado y Ahedo,
 Que eran primeras espadas.

Lo inicuo, lo inconcebible,
 Contra de ellos agotaba,
 Hasta emponzoñar el aire,
 Hasta humillar á la cloaca.

V

1858.

El año cincuenta y ocho
 Fué el año de los combates,
 En el que dejó sus huellas
 Por donde quiera el desastre;
 En el que se miró el suelo
 Como al través de la sangre,
 Anunciando cada aurora
 La matanza y la catástrofe;
 En que el Sol palidecía
 Alumbrando los cadáveres,
 Y en el viento se escuchaban
 Como lastimeros ayes.
 Padeció Guadalajara
 Mil furibundos embates,
 Y frustrado el primer sitio
 En que lucharon tenaces
 Degollado y sus valientes,
 Casanova y sus secuaces;
 Sitio en que el *purero* Rocha,
 Con arrojo incontrastable
 Asaltó á Santo Domingo
 Con Ahedo y Chesman audaces,
 Coronándolos la gloria
 Con sus lauros inmortales.
 Planta de nuevo otro sitio,
 Degollado, formidable,
 Siguiendo del noble Núñez
 Dócil los seguros planes;
 Empéñase la contienda,
 Se multiplican los lances,
 Cubre los muertos el suelo,
 El terror vaga en los aires.....
 —¡Avancen!— Cruz Ahedo grita.
 Rocha le contesta:

—¡Avancen!

Y al reventar de las minas,

Los muros al desplomarse,
Y entre el humo y entre llamas,
Bayonetas y estandartes
Que hacen olas, se refugia
En San Francisco, Blancarte,
Y estallaron como bombas
Las iras del *peladaje*.
Entonce enmedio á la plebe
Que bramaba de coraje,
A un hombre llevan, y gritan
En su torno:

—¡Que le arrastren!

—¡No; que le corten la lengua
Por villano y por infame!—
El vestido desgarrado,
Los ojos al eclipsarse,
Como de trapo los brazos,
Y los pasos vacilantes,
Marcha el hombre cual seguido
Por enfurecidos canes;
De repente ve á Cruz Ahedo,
Y en alarido salvaje
Le grita:

—Señor!.....¡socorro!.....

¡Tened piedad!.....¡amparadme!.....
Miguel al preso se arroja,
Le acoge, su escudo se hace,
Le da clemente su brazo,
Dispersa al pueblo en instantes
Y llega ante Degollado
Conmovido y anhelante
—¡Que le fusilen!—exclama
El jefe, sin que hable nadie,
Entre alaridos de gozo
Que la orden terrible aplauden.
—¡Silencio! Cruz Ahedo grita.....
¡Señor, ¡por piedad! salvadle;
Contra los dos sólo han sido
De su pluma los ultrajes,
No contra la Patria amada,
No á la bandera de Juárez;
El está *dado*, vos fuerte,
Yo os lo ruego, perdonadle,
Os lo ruego encarecido
Por vuestro triunfo brillante,

Por vuestro nombre glorioso
No hagais á mi voz desaire,
Por vuestro pueblo os lo pido,
Y por vuestra santa madre!—
Se concentra Degollado,
Piensa, duda unos instantes,
Al fin dice:

—¡Le perdono!

¡Libre está, podeis soltarle,
LO QUIERE ASÍ VUESTRO JEFE
PARA VENGARSE Y VENGÁRME!—
Y al disponerse Cruz Ahedo
Generoso á custodiarle,
Del preso, atónito, mudo,
Enmedio á los circunstantes,
Dos lágrimas elocuentes
Rodaron en su semblante

México, Marzo 15 de 1894.

